

## Contorno editorial de un pseudo-evento político: la batalla alegórica acerca de Francisco Santos

SERGIO RAMÍREZ LAMUS

“Benjamin exulta: ‘La fotografía prepara ese provechoso movimiento por el cual el hombre y el mundo ambiente se convierten en extraños para el otro, abriendo *el campo libre* donde toda intimidad cede el lugar a los detalles.’ Ese campo libre, es el principal campo de promoción de la propaganda, del marketing, el sincretismo tecnológico donde se desarrolla la menor resistencia del testigo a la imagen fática.”

Paul Virilio, LA MÁQUINA DE VISIÓN

“La candidatura de Pacho Santos a la vicepresidencia es buena para Uribe, regular para el país, mala para ‘EL TIEMPO’ y pésima para Juan Manuel Santos.”

SEMANA, marzo 25/2002<sup>1</sup>

Quienes se enfrentan de modo alegórico multiplican simétricamente los argumentos. Así sucede en el caso de la *acción simbólica* de las alegorías poéticas teorizadas por Angus Fletcher<sup>2</sup>. Sugiero aquí que otro tanto sucede con la prensa de opinión. La dinámica ritual de la alegoría también se vería desplazada allí por efectos de simetría, estabilidad y equilibrio: “Al golpe asestado por un lado corresponde un golpe del otro lado. El tire y

---

<sup>1</sup> Obsérvese aquí la inconfundible iconografía ganador-perdedor de la revista *Semana*.

<sup>2</sup> Angus Fletcher. *Allegory: the theory of a symbolic mode*. Cornell University Press, Ithaca, 1964. En lo sucesivo las citas de Fletcher, autor que inspira el presente artículo, se condensarán bajo la abreviatura A.; al lado de dicha letra aparecerá la página citada.

afloje de la batalla, traducido a conflicto mental o guerra ideológica, se convierte en presentación simétrica, primero del argumento de un lado, luego del argumento del otro lado. Quienes debaten en el debate aparecen en plano de igualdad, y así cada lado obtiene su justa participación en la acción” (A.: 159). La designación de Francisco Santos como candidato a la Vicepresidencia de la República da lugar a un conjunto de expresiones (editoriales, de opinión periodística) que bien podrían responder a la caracterización anterior.

Pero en esta batalla alegórica también puede resaltarse otro aspecto, no el de las contrapuestas, simétricas y congeladas consideraciones, cuanto una consecuencia paradójica de éstas: porque los argumentos contrapuestos aparecen en un plano de oposición simétrica, el enfrentamiento nos sume en un limbo (una virtualidad), en un obsesivo combate contra el estupor inducido por el examen detallado de sus dualismos<sup>3</sup>. Terminamos regresando al ritual alegórico, a una exégesis que nos saca de la simetría cristalizada para devolvernos a la rumiatura interminable, a los protocolos del obsesivo compulsivo: “(...) en estos rituales hay un elemento rumiador, y si la forma de las alegorías se reduce en último término a una forma de ‘progreso’, debemos tener en mente que este progreso en realidad no avanza. La alegoría progresa con un ‘movimiento aparente’, obedeciendo al impulso circular de la Rueda de la Fortuna. Plus ça change, plus c’est la même chose” (A.: 292-293). Oscilamos así entre atascamientos inmóviles y círculos viciosos móviles. La prensa de opinión osifica y moviliza alternadamente. Fosiliza y rumia.

Con lo anterior en mente, examinaré el fuego cruzado entre partidarios y opositores de la candidatura de Francisco Santos a la vicepresidencia de Colombia, básicamente a finales de marzo de 2002. A dicha confrontación la examinaré bajo la perspectiva *cosmética* del modo alegórico. Nuevamente sigo aquí a Fletcher, quien nos recuerda que el término griego *kosmos* nos refiere tanto a *un orden a gran escala* como a los *signos de dicho orden*; puede referirnos por lo tanto a atuendos, embellecimientos e insignias heráldicas, y al papel cumplido por éstas para enaltecer el estatus, cómo también remitirnos al carácter denigrante de estos adornos, de esta *cosmética*: cuando en lugar de apropiada o decorosa resulta descuidada o indecorosa: el estatus sufre entonces alguna degradación, bien sea ésta de tipo condescendiente y arrogante<sup>4</sup> o de carácter más dramático (cf. A.: 110-120).

Abordaré los argumentos de uno y otro lado como instancias de una batalla que pone en juego la *cosmética* de F. Santos, los elementos decorosos e indecorosos de aquélla. Durante el proceso procuraré reiterar el hecho de que los *kosmoi* o adornos “dependen de

---

<sup>3</sup> El alegórico arma así su defensa ritual contra lo aterrador/atrayente de las ambivalencias. El exégeta busca coartada para su confusión. Fletcher nos refiere, en este punto, a la analogía entre los tabúes y las manías compulsivas. En el meollo del modo alegórico nos encontraríamos con la paradoja, con esas imposibilidades lógicas cristalizadas en “palabras originarias antitéticas” como *altus*, que en latín significa profundidad y altura simultáneamente (cf. A.: 298, 302). El ritual rumiador posterga o alivia esta confrontación.

<sup>4</sup> V.gr. un millonario desaliñado ataviado de manera inapropiada puede hablarnos, con su excentricidad, del deseo de asociarse a *órdenes* diferentes a su mundo de ricos.

sistemas de estatus (...) demasiado estrictos como para permitir (...) el libre juego de la imaginación artística” (A.: 125).

Comencemos. La candidatura de Francisco Santos da lugar a un editorial del diario EL TIEMPO en el cual la familia propietaria se duele de lo inconsulto de la aceptación de esta designación, indicando además cómo ello pone en peligro la separación entre política y periodismo. La familia ya se había visto abocada a suspender sus atávicos vaivenes entre política y periodismo, cuando la designación de uno de los miembros de la *tercera generación*<sup>5</sup> (Juan Manuel Santos Calderón) en un cargo ministerial (1991) había sido castigada editorialmente por el padre de Francisco Santos. Cuando Juan Manuel vuelve a un ministerio en 2002, su hermano se ve obligado a retirarse del periódico para que éste pueda “seguir siendo sujeto de contratación publicitaria por parte de los grandes anunciantes del sector oficial” (CAMBIO, marzo 25/2002). Cuando el candidato Uribe Vélez designa a Francisco Santos como compañero de fórmula se repite entonces una vieja situación, por un lado, así como se compromete un sistema de estatus intra-familiar, por otro. El hijo del editorialista que fustigaba al sobrino en 1991 repite lo que su padre había censurado en aquel entonces... El asunto es un galimatías. Y máxime cuando revisamos otros datos que podemos inferir de un examen de la prensa colombiana reciente: como que Francisco Santos fue uno de los periodistas que interrogó televisivamente a los candidatos presidenciales en 1998; su hermano y un primo suyo de la *cuarta generación* interrogaban a los candidatos presidenciales en 2002, supuestamente después de un embarazoso impasse debido a que el candidato Uribe amenazaba con dar la noticia de su fórmula santista en ese momento; Francisco figuró como el periodista más leído por la clase dirigente del país según una encuesta de *Semana* en 1999; su abuelo se valía de subterfugios para que Laureano Gómez terminara escribiendo algunos editoriales de EL TIEMPO (desdibujando las diferencias liberal-conservadoras por las cuales se mataban entonces las clases populares); su padre se jactaba de que a Lleras Camargo y López de Mesa los habían reemplazado en EL TIEMPO sus hijos y sus sobrinos; el mismo señor pasó de aborrecer a adorar a Fidel Castro; su primo Enrique pasó de cuasi-guerrillero a golfista y voz editorialista de la oligarquía etc. En la familia Santos parece existir ya sea un gen o una pauta socializadora que favorece las conductas más paradójicas, los maridazgos con los poderes de todas las especies, los saltos imprevistos de una posición a su contraria.<sup>6</sup>

Pero vayamos ahora a los argumentos que van a esgrimirse en torno a uno de los miembros de esta familia volátil. Podemos comenzar con la anatomía de una de las primeras reacciones frente a la nueva regañina editorial de Santos contra Santos. Su autor es el ex ministro, ex rector y bohemio bogotano R. Hommes, quien lleva el asunto a un terreno claramente alegórico. A ciertas observaciones de la casa editorial, alusivas a la personalidad y a la poca experiencia en asuntos de estado propia de su integrante ahora elevado a los altos estrados de la vida política nacional, Hommes responde señalando

---

<sup>5</sup> Término acuñado por la crónica en CAMBIO marzo 25/2002 de la cual tomo estos datos.

<sup>6</sup> Algunas informaciones del listado anterior las he extraído de distintas columnas de Antonio Caballero acerca de la familia Santos.

cómo Truman, Galán, Gaitán y Lleras Camargo, todos presidenciables o presidentes, habrían sido incorporados a la alta política sin contar con las credenciales que uno podría esperar. No demora un lector de EL TIEMPO en reaccionar contra Hommes acerca del caso Galán, presentado por el ex ministro con la única credencial de “un fugaz desempeño en el Ministerio de Educación”<sup>7</sup>. El lector se permite recordar al ex rector que Galán “fue por varios períodos senador, representante de Colombia ante el gobierno de Italia ante la FAO, miembro de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores, concejal de Bogotá y de Bucaramanga y, además se conocía al país de cabo a rabo como jefe de un movimiento político de dimensión nacional” (J. Ramírez V., Correo Lector, EL TIEMPO, marzo 25/2002). Si en lo que respecta a Galán se plantean fácilmente esas observaciones, cabe examinar los otros casos.

Tomemos primero la instancia no colombiana: “A Harry Truman lo despreciaron porque su experiencia anterior había sido vender ropa en Missouri”, dice Hommes. Pero una consulta enciclopédica revela cómo veintidós años antes de su candidatura a la vicepresidencia, Truman había conseguido la elección o la designación a varios cargos: primero, juez de condado; segundo, juez presidente de la Corte del mismo condado; tercero, senador y presidente del comité senatorial a cargo de la investigación de contratos de guerra. Su carrera política había sido patrocinada por un cacique del condado de Jackson, iniciándose con su nombramiento en la Supervisión de carreteras de dicho condado. Cuando se perfila finalmente, en 1944, como un *candidato de compromiso* a la vicepresidencia, ha participado en la vida política durante dos décadas. Se trata de una trayectoria política comparable a la de muchos *politiqueros* colombianos. A diferencia de Francisco Santos, Truman no era ni periodista, ni miembro atávico de una élite (cuanto cooptado por una venal camarilla política regional), ni personaje nacional de trascendencia mediática<sup>8</sup>.

Una atención a la superficie literal de la alegoría hommesiana la desmonta con facilidad. Sus otros dos emblemas, Lleras Camargo y Galán, también revelan la debilidad de este esquematismo: Lleras Camargo fue un veinteañero Presidente de la Cámara de Representantes: “Cuando nombraron ministro a Alberto Lleras por primera vez, sus compañeros de parranda se debieron echar la bendición (como lo debieron hacer mis amigos de la Casa Colombia y de la Teja Corrida muchos años más tarde)”, afirma Hommes. Lo que no percibe es cómo en aquella época contaban mucho aún las credenciales gramáticas para el ejercicio político, y cómo Lleras no era solamente un parrandero consumado (si lo era) cuanto un hombre de letras. ¿Es comparable la bohemia literaria de entonces a la bohemia relacionista-pública o farandulera de la cual forma(ra) parte Hommes? Acercándose a los treinta años Lleras comenzó a desempeñarse en cargos

---

<sup>7</sup> La serie de citas directas, de la cual ésta es la primera, corresponde a R. Hommes, “La gran sensación”, EL TIEMPO marzo 22/2002.

<sup>8</sup> Para suministrar una explicación del éxito político de Truman, los datos enciclopédicos nos refieren sus afiliaciones a la Iglesia Bautista y sus conexiones con la masonería como ingredientes de una fórmula a la cual se agregan los antecedentes granjeros y la personalidad de este personaje.

ministeriales y probablemente fue el principal *ghost writer* del presidente López Pumarejo, al lado del cual se desempeñara siempre como leal o servil secretario, sucediéndolo tras su dimisión.

Queda Gaitán. Para Hommes éste “había pasado como una tromba por la Alcaldía de Bogotá, con resultados negativos”. Eso puede ser cierto. Pero –además de jurista eminente– había sido parlamentario y ministro, siempre en una difícil relación con las élites y el poder: encarnaba un ideario populista que sólo en sus *deseos* de restauración moral puede compararse con la candidatura presidencial que propone a Santos como compañero de fórmula. Gaitán era, según sus propias palabras, no un hombre sino un pueblo. Cristalizó las aspiraciones de los desposeídos durante el pasado siglo en Colombia. El paralelismo alegórico Gaitán-Santos resulta así extremadamente irreflexivo; su esquematismo, demasiado escuálido.

Correspondiendo justamente al espíritu de nuestros tiempos, Hommes, aparte de cometer una licencia narcisista (se auto-compara él mismo con Lleras Camargo), parece deleitarse en el hecho de que algunas de las más venerables instituciones colombianas no realizan un examen crítico del pasado de sus eventuales funcionarios<sup>9</sup>:

Con lo anterior en mente podemos revisar ahora otras observaciones a la designación de Francisco Santos. Comencemos por las “favorables”:

1. Felipe Zuleta contextualiza su opinión en el marco de una pasada familiaridad con la familia Santos: fue *ombudsman* de su periódico. Zuleta cita a su antepasado el ex presidente Lleras Camargo, para señalar que éste habría calificado a Santos de “locato”. Como esto no compromete a la inteligencia, a Zuleta le preocupa más que todos los Santos se encuentren acostumbrados a la adulación<sup>10</sup>. Elementos cosméticos como la prepotencia familiar y el temperamento alocado palidecen al lado de otros asociados a la práctica de los derechos humanos, la denuncia y la democracia. F. Zuleta, “Los vice”, EL ESPECTADOR marzo 24/2002.
2. Salud Hernández-Mora se presenta como íntima amiga de la esposa de Santos; entre otras cosas destaca que el editorial adverso de EL TIEMPO lo llame ‘Pachito’ “mote que sólo escuché utilizar al candidato Serpa a modo de insulto hace unos meses”. Se

---

<sup>9</sup> Me refiero a esta otra afirmación de Hommes: “A Manuel Mejía lo seleccionaron para la Federación de Cafeteros porque se había quebrado dos o tres veces sin suicidarse”.

<sup>10</sup> Zuleta no es el único en señalar este asunto: Hommes considera que como miembro de la oligarquía bogotana, Santos (y por ende Uribe) debe soportar la tendencia de ésta a tratar los problemas nacionales como si fueran problemas familiares. Daniel Samper, por su parte, también toca el asunto, subrayando que él también es de las familias de esa oligarquía, y, dada una aclaración a renglón seguido (la distinción entre los sufijos oli y pluto), que lo es de su sección relativamente arruinada. Héctor Abad dirá que con Santos como compañero de fórmula Uribe persigue una unión prestigiosa con una de las familias de dicha oligarquía.

resalta una cosmética de calidades humanas: sensibilidad social, tolerancia, inteligencia e imaginación, por un lado. Pero a Santos lo adornan además el no deber favores y el contar con una “formación intelectual aceptable”. S. Hernández-Mora, “El vice de la discordia”, EL TIEMPO marzo 24/2002<sup>11</sup>.

3. Lucy Nieto de Samper se declara de acuerdo con la perspectiva de Hommes. El personaje porta la insignia de una madurez que se expresa en su capacidad de respuesta al asedio mediático y familiar. A Santos lo adorna de este modo un temple que resulta de su capacidad para enfrentar situaciones difíciles. Personifica la superación del trauma del secuestro. La cicatrización de su herida lo perfila como principal actor de unas iniciativas de trascendencia nacional. Ha forjado o labrado un carácter adversario del secuestro capaz de esperar a nuestro país. L. Nieto de Samper, “Alzando a Santos”, EL TIEMPO marzo 25/2002.
4. Eduardo Escobar destaca una cosmética intangible, visible sólo a quien mire directo al corazón, a los atributos morales<sup>12</sup>. E. Escobar, “Lloviendo sobre mojado”, EL TIEMPO marzo 26/2002.
5. Héctor Rincón alaba la renuncia a la seguridad del exilio y el coraje frente a la familia; esto, en el contexto de un ataque a lo que considera mala intención de la revista *Newsweek* en un sonado reportaje de Joseph Contreras. Para elogiar a Santos, destaca la delicadeza de Uribe, de su “componente femenino”. Recalca la vulnerabilidad y la sensibilidad social del candidato. Su componente militarista lo relega al rincón de las fantasías. La delicadeza representada por Santos –la de “no ser político”– sería rotunda en un conjunto de allegados a Uribe. Distingue esta feminidad de la mariconería amante de las porcelanas (*Que no estoy diciendo de la delicadeza de la porcelana y del plumero. No hablo de esa que en este país de bestias siempre han confundido con la mariconería. Que no.*) No nos aclara, sin embargo, la diferencia entre su admirada cosmética de lo delicado y la cositería maricona. Quizás da por sentada la oposición entre un cosmos intangible de orden moral y uno ruin y material, dedicado al cultivo y cuidado de objetos finos. El desprecio a la materialidad de la porcelana, sin embargo, no es extensivo a la brusca tangibilidad de uniformes, botas y metralas del cosmos uribista. H. Rincón, “Compañía”, CAMBIO marzo 25/2002.

---

<sup>11</sup> Aunque la columna de Hernández-Mora responde al título genérico de “Cualidades y defectos”, el señalamiento abierto de los segundos se reduce a que “(Francisco Santos) desconoce áreas importantes del Estado, (... y que) no ha ocupado puestos de gran responsabilidad”. En cuanto a algo que “recuerda el famoso editorial”, su estatus oligarca, para Hernández-Mora es cosa que redundante en *alabanza por reproche* (cf. A.: 232): “si la oligarquía fuese como tú, (Pacho), hace rato que ese término estaría desterrado” (sic).

<sup>12</sup> Lo más desconcertante aquí es algo que Escobar subraya en su columna: que sólo ha tratado a Santos en cocteles y en un congreso de periodismo: ¿acaso propician estas ocasiones la intimidad necesaria para ir al corazón de las personas?

6. La ciudadana Mónica Bentancourt (“Ciudadana común y corriente”, reza una divisa al lado de su firma) se limita a interrogar el por qué de tanto alboroto, cuando tanto prócer presuntamente superior a Santos no ha podido mejorar al país. Correo del lector, EL TIEMPO marzo 23/2002.
7. El ciudadano Guillermo Silva recalca que a Santos lo avalan los principios de ética democrática de su familia periodística. Correo del lector, EL TIEMPO marzo 23/2002.
8. Para el ciudadano Jorge Martínez, Santos personifica a las gentes de bien, hartas del bandidaje de *guerrilleros, narcotraficantes o políticos corruptos*. Correo del lector, EL TIEMPO marzo 23/2002.
9. El ciudadano Alfonso Marín Morales recuerda que el abuelo de Santos llegó a la presidencia en medio de una carrera periodística. Enumera a siete presidentes colombianos de los siglos XIX y XX con antecedentes periodísticos; su sentido del decoro, atávico, no parece percatarse de los cambios en la conciencia colectiva. Correo del lector, EL TIEMPO marzo 23/2002

Examinemos ahora los argumentos clara o relativamente *adversos*. Quizás dentro de éstos el contrapunto simétrico a la alegoría de Hommes lo sea el dardo oblicuo que lanza el columnista D’Artagnan cuando esboza un texto humorístico analizando las virtudes y defectos de tres personajes pintorescos y esencialmente cómicos de las telenovelas colombianas del momento<sup>13</sup>. Truman, Lleras, Galán o Gaitán se sustituyen en esta superficie alegórica por Pedro Coral, Nidia Pacheco y Mirando Zapata. Como la intención en este caso es abiertamente ficticia, además de jocosa, no considero pertinente desmontar la superficie literal como en el caso de Hommes. De algún modo los significados subyacentes a estos personajes –loquitos o *locatos* divertidos y delirantes– pueden atribuirse a Francisco Santos.

He aquí una lista de otros argumentos *adversos*:

1. Para Ramiro Bejarano G. un desglose de la personalidad de Santos arroja una serie de adornos inconvenientes: intolerancia, empleo de subterfugios contradictorios, rabieta. A ello se suma, por otro lado falta de preparación y desconocimiento de la “función pública”. Considera que en la coyuntura de la entrevista de *Newsweek* a Uribe, esto no hace otra cosa que afirmar el cosmos berrinchudo del candidato. R. Bejarano, “La chanza pachuna”, EL TIEMPO marzo 24/2002.
2. Mediante el diálogo caricaturesco entre dos comadres, Fernando Cano (alias Paloma Méndez) destaca los peligros de una personalidad impetuosa (*como volao, como acelerao, como echao pálante*), cuando lo que está en juego son cuestiones de estado; la

---

<sup>13</sup> D’Artagnan, “El vice perfecto: consejos a Serpa para escoger vicepresidente”, EL TIEMPO marzo 24/2002.

inconveniencia de este carácter aparece redoblada cuando se examinan las reservas que suscita entre sus familiares, su desconocimiento de la definición interna del estatus político en las jerarquías familiares o sus precipitadas conductas –irresponsables y sensacionalistas– en el ejercicio del periodismo. Se menciona su presunto carácter bondadoso, para dudar enseguida de que éste pueda poner freno al militarismo del movimiento uribista; una frase pronunciada por el vice-candidato durante una gran ocasión marcial lo pone de manifiesto. Si hay bondad en Santos (“alma de Dios”), ésta palidece frente a lo imprevisible de su personalidad alocada, jalonada por los fervores del uribismo (*gente con la mano derecha en el corazón cantando el himno [...] jóvenes en pantaloneta y camiseta blancas [...] tantas banderas de la patria [...] tanto aroma a juventudes alemanas [...]*).

3. Daniel Samper Pizano, proponiéndose a sí mismo como paralelo alegórico, desvaloriza la cosmética de Santos como la suya propia (*Como casi todos los de mi gremio, sé poco sobre muchas cosas, y nada a fondo sobre ninguna*): un periodista que ha estudiado en los Estados Unidos no está preparado para desempeñar los cargos presidenciales y vicepresidenciales de la nación. Las vinculaciones oligárquicas tampoco son un aval. El candidato Uribe habría cometido una gran torpeza. Si su problema era de imagen (se alude nuevamente al impasse con *Newsweek*) ha debido recurrir a asesores y consejeros en el campo. Esto mismo valdría para la credencial de Santos como apóstol de los derechos humanos: habría bastado otorgarle el estatus de consejero “en la materia” y no el de candidato a vice-presidente. D. Samper Pizano, “Ni yo votaría por mí mismo”, EL TIEMPO marzo 27/2002.
4. El caricaturista Osuna, bajo su alias Lorenzo Madrigal, recalca en Francisco Santos los adornos perjudiciales de una personalidad impetuosa; señala aquí un factor hereditario (no necesariamente genético). Nos refiere al *cabildeo* de los políticos en fueros de la prensa, dentro de un status quo dentro del cual la familia Santos tiene un papel protagónico. En medio de ello no deja de pesar una cosmética de apellidos como la que permitía al presidente del momento, cuando niño, convertir el palacio presidencial en patio de recreo concurrido por el niño Santos que habría de ser su ministro<sup>14</sup>. Osuna nos refiere a un presunto y ambiguo despropósito: la designación de candidatos a dedo. Lo interpreta como conducta equívoca de unos partidos supuestamente democráticos. Pero si leemos fuera de ese contexto, otro despropósito parece ser el de haber burlado las sacrosantas jerarquías internas de la familia Santos: una infracción en el campo de la cosmética de los apellidos que descuida el peso

---

<sup>14</sup> Santos y Pastranas compartían el mismo plantel. Es posible que no Juan Manuel y Andrés en particular, pero ese no es el punto. Lo es el que sea éste uno de los planteles en donde elites provincianas, elites en ascenso o elites aun no plenamente bogotanzadas se codean con la oligarquía de vetustos Samperes, Pombos, Lleras etc. Apreciamos así el lugar de la cosmética del apellido en un sistema de estatus en proceso de transformación, i.e. de ampliación de nombres consagrados. No debe olvidarse que el apellido Santos, como otros de la oligarquía bogotana, fue originalmente santandereano (del mismo tronco de la heroína Antonia Santos).



específico del apellido Santos (su carácter periodístico) dentro de un sistema de estatus político. Independientemente de ello, la intención de Uribe, para Osuna, sí trata a Francisco Santos como una muy apreciada distinción cosmética, con todo y que el personaje en cuestión representa una de esas *inmadureces menores de cincuenta*, dicho en las palabras de su propio padre. L. Madrigal, “Cuando los presidentes lagartean”, EL ESPECTADOR marzo 31/2002.

5. A diferencia de otros argumentos que mencionan sólo de pasada al presidente del momento como personificación de un estatus lamentable (incapacidad para administrar un minuto de silencio [Cano], niño oligarca etc.), Fernando Garavito plantea a Pastrana como alegoría de Santos, sin preocuparse por elaborar dicho paralelismo (en este sentido más que argumentar lo que hace es decretar). Nos refiere a una cosmética hiper-caricaturesca de la ineptitud<sup>15</sup>. Cabe aquí, por último, una pregunta: ¿corresponderá el título de esta columna a una beligerancia oblicua – alegórica– que asalta a Santos pretextando atacar a Pastrana?<sup>16</sup> F. Garavito, “El idiota de la familia”, EL TIEMPO marzo 31/2002
6. Héctor Abad Faciolince. Abad no hace referencia al impasse con *Newsweek*; la designación de Santos parece corresponder a un elemental deseo de distinción, a una identificación con el monopolio político-periodístico de la familia Santos. La rusticidad de Uribe –*provinciano caballista antioqueño*– procuraría calmar así una sed de alcurnia, un ansia de la cosmética oligarca-capitalina (*Un Urrutia, un De Brigard, un Sanz de Santamaría* [...]) *Pues nada, le tocó optar por un Santos, que es élite bogotana, aunque hayan*

---

<sup>15</sup> El columnista Garavito fue un abierto propagandista del presidente anterior a Pastrana, cuya gestión, con perfiles muy definidos de endeudamiento irresponsable y complicidad con la corrupción, habría contribuido significativamente al saldo desastroso que el antaño propagandista consigna en su texto. Esto, sumado a su mínimo esfuerzo argumentativo, lo sitúa en los extremos de la caricatura. La suya es una hiper o ultra caricatura, ya que cualquier selección interesada de rasgos –como la de los argumentos que aquí estudiamos en tanto acentuación *favorable* o *adversas* del cosmos (cosmética) de un personaje– ya remite a lo alegórico/caricaturesco: “Un caricaturista deriva buena parte de su vivacidad de la poderosa eliminación de aquellos rasgos que complican el dibujo de sus personajes; y si la eliminación requiere de una excisión completa (...) el caricaturista está en disposición de ir hasta el extremo. Yo argumentaría que la caricatura, como la he descrito, es en esencia alegórica, ya que persigue la simplificación del carácter en términos de rasgos asilados, predominantes” (A.: 34).

<sup>16</sup> Lo oblicuo del ataque lo confirmaría en una imputación que se hace a Garavito: la de ser el asesor de la biografía no autorizada que publica el célebre entrevistador de Uribe en *Newsweek*, Joseph Contreras. En la misma sección del periódico que lanza esta especie, se revela el trabajo de Garavito como publicista de las “Convivir” en 1996 (cuando acuña el lema “Informar es Convivir”). Vinculado al ornamento infamante de Uribe (i.e. a su plausible patrocinio de organizaciones paramilitares), Garavito se nos presenta indescriptiblemente sinuoso. Cf. “Teléfono Rosa”, EL TIEMPO mayo 12/2002.

*sido encomenderos y vengan de Boyacá*)<sup>17</sup>. De los atributos del designado como víctima del secuestro u organizador de *País Libre* no se desprenden méritos para el estatus vicepresidencial. Uribe ha decidido impulsarse de manera riesgosa, comprometiendo el apoyo de una parte considerable de sus simpatizantes (y amenazando con *prolongar la campaña hasta una segunda vuelta [...] en vez de acabar de una vez por todas con (una) agotadora campaña presidencial*). Todo a causa de un adorno rancio y capitalino. El asunto también remite al peluquero. Los matices de derecha los define la predilección por una u otra ruta de la peinilla. Se trata de un frívolo adorno que se impone a la rusticidad provinciana: *el 20% de los vicepresidentes son Santos, el 6,25% de los ministros siguen siendo Santos, y el 66% de los periodistas que preguntaban en el gran debate, eran Santos*. H. Abad Faciolince, "Todos los Santos", CAMBIO marzo 25/2002.

7. Álvaro Salazar, otro ciudadano del común, nos refiere a una columna de Francisco Santos, *el famoso 'Pachito'* que ya delataría la *ambición secreta* de hacerse a la candidatura presidencial. Salazar también destaca la irresponsabilidad periodística del personaje. Nuevamente se recalca el cosmos impetuoso, señalándose la existencia un documento significativo a este respecto, la columna "Terrorismo electoral"; en ésta Francisco Santos se refiere a las críticas del candidato Serpa a la política de abierta beligerancia con la guerrilla trazada por Uribe. El entonces columnista sostiene que dicha crítica ha de tener *encantada a (una) guerrilla* que parece estar tocando su *techo militar*. La escalada mortífera que atribuye Serpa a una eventual aplicación de las directrices beligerantes resulta para Santos exagerada. La propuesta de armar a un millón de civiles, uno de los puntos más delicados de los planteamientos de Uribe, no le parece cuestionable: *hay que (...) involucrar a los civiles para que defiendan la democracia*. Santos finaliza su adhesión belicista con argumentos que le suministra el propio Serpa, cuya crítica de la guerra llega al extremo de afirmar que los aliados derrotaron a Hitler al "costo (de) la destrucción de media Europa". Santos homologa entonces a Serpa con Chamberlain para señalar los efectos devastadores de un pacifismo a ultranza. El lector Salazar se limita a señalar cómo esta columna puede considerarse no sólo la matrícula de Santos en el uribismo sino, a la luz de lo ocurrido un mes después, la tortuosa e interesada jugada de unas secretas aspiraciones políticas, el indicio cosmético de una compulsiva identificación con el poder. Á. Salazar, Correo del lector, EL TIEMPO marzo 23/2002.
8. *Que mal sabor deja que uno de los propietarios de EL TIEMPO use su columna para hacer proselitismo político con la tinta más odiosa y sectaria, y que después sorprenda a los lectores con la noticia de que se unirá a la fórmula vicepresidencial de Uribe Vélez. Definitivamente a este país le hace falta El Espectador de los Cano. ¿Qué más poder quieren los Santos?*, afirma

---

<sup>17</sup> Punto ya tratado en una nota anterior, con ecos muy claros en expresiones como una que el caricaturista Vladdo atribuye al candidato Uribe: "Él no tiene la culpa de que los Santos posean varios medios, de tener un primo ministro, de que su cuñado sea editor de *Cambio*, de que otro primo sea director de *Semana* (él es sencillo). Además padeció un secuestro, ha sido buen periodista, es de buena familia, estudió en Harvard y salió del San Carlos... al igual que Pastrana". SEMANA marzo 25/2002. Es significativo aquí el error de sustituir a la Universidad de Kansas por Harvard.

la ciudadana Glenda Vergara. Se denuncia un abuso más del poder por parte de la familia Santos, cuya cosmética periodística no consigue separarse con dignidad del poder político como supuestamente sí lo habría hecho otra familia poderosa del periodismo. Vergara parece implicar que la tinta, cuanto más proselitista, “odiosa y sectaria” más tendría que abstenerse de participar ella misma en la política. La *puerta giratoria* entre periodismo y política (término del editorial de los Santos), comunica dos cosméticas evidentemente relacionadas pero difícilmente fusionables desde el punto de vista ético. La actuación de Santos produce un híbrido des-moralizador; su fabricación de documentos de prensa obedece a ambiciones de poder. Falsos serían los altruismos de “País Libre”. G. Vergara, Correo del lector, EL TIEMPO marzo 23/2002.

Estos proyectiles verbales de la batalla alegórica debemos examinarlos en el contexto contemporáneo. Éste nos lleva a recordar la formulación benjaminiana según la cual el canon de las imágenes dialécticas modernas ya no es la alegoría. La novedad –dice Benjamin– desplaza ahora a los emblemas alegóricos del barroco. La modernidad, sea que la llamemos o no neo-barroco, esboza sus emblemas de otra forma. La rigidez del canon alegórico se ve desplazada por el deseo de cambio y de innovación de la moda, ese *agente incansable de la falsa conciencia*.

El canon de la novedad, en el contexto de una batalla alegórica se vale ahora del procedimiento propagandístico de unas iconografías alegóricas, por la vía negativa. Se trata del *negative campaigning*, algo aparentemente inaugurado –con efecto bumerang–<sup>18</sup> en el terreno político colombiano, durante las elecciones de 1986<sup>19</sup>. A alturas de las de 1998, cuando un juego de *morphing* televisivo transformaba la imagen del candidato liberal en la del cuestionado presidente liberal en ejercicio, muchos consideraron que ello había firmado la derrota de aquél.

En este contexto, la designación de Francisco Santos debe relacionarse con los juegos de imagen de una campaña negativa como la que realiza el principal adversario del candidato Alvaro Uribe, con reiteradas insinuaciones acerca de los oscuros vínculos que tendría éste con los paramilitares. Quizás por eso un punto central de los argumentos lo constituye el episodio de Uribe con la revista *Newsweek*; en términos de Hommes *estuvo muy bien que Uribe mandara a los de Newsweek a comer de lo que sabemos (...) pero ese lío hay que arreglarlo. ¿Quién mejor que Pacho para hacerlo?* La revista norteamericana había hurgado en el cajón de la cosmética que podría compartir Uribe con la familia Ochoa, asociada al cartel

---

<sup>18</sup> El efecto bumerang, planteado en la “communications research” nos refiere a la acogida que invierte el mensaje. Cf. infra.

<sup>19</sup> En 1986 la campaña del candidato Álvaro Gómez presentaba a su adversario, Virgilio Barco, como “un corrupto usufructuario del petróleo de la nación”, cosa que habría intensificado la intención de voto por este último, según el alto ex funcionario del gobierno Barco que vengo citando, porque las afirmaciones “eran escandalosamente falsas”. Cf. Gabriel Silva, “La otra guerra sucia”, EL TIEMPO marzo 26/2002.

de Medellín: caballistas y finqueros. Como ya a Uribe le habían imputado complicidad con el narcotráfico a su paso por la Alcaldía de Medellín o la Dirección de la Aeronáutica Civil, la posibilidad de nexos suyos con los paramilitares aparece como un flanco particularmente estratégico para la impugnación de su cosmética. Francisco Santos – fundador de una ONG dedicada a luchar contra el secuestro– podría suministrar un apreciable embellecimiento.

Pero en la batalla alegórica esta intención no parece clara en lo absoluto. Estarían en juego otros adornos, como los del *estrato seis* y la oligarquía bogotana. Quien pone a jugar este elemento cosmético es la propia familia Santos en su editorial de marras (*Santos es un destacado representante de lo que popularmente se conoce como 'oligarquía'*). A dicho adorno se añaden otros como los adyacentes a la personalidad *santista* de F. Santos y sus diversas alegorías (de Andrés Pastrana en adelante), alternativamente interpretados –rumiados/ congelados– como parte de un cosmos de altruismo/aspiraciones secretas, credibilidad/ cálculo interesado, bondad/ponzoña, experiencia/falta de preparación, temple/ inconsistencia, sensibilidad/prepotencia, liderazgo/insensatez, mérito/privilegio, carisma/ ineptitud, irresponsabilidad/vocación de servicio, firmeza/volatilidad, sencillez/locura, oligarquía/convocatoria de masas, peligro/confiabilidad, competencia/ineptitud, guerra/paz, etc.

La personalidad de Santos abre también un flanco considerable a la esgrima que persigue debilidades cosméticas. Es así como la designación del compañero de fórmula del candidato presidencial más opcionado para competir con Uribe da lugar a comentarios que destacan cómo *si el presidente llegare a faltar, Colombia tendría en él al estadista prudente y responsable que puede gobernar con sabiduría, con juicio y con lucidez* (C. Lemos, “Una Gran decisión”, EL TIEMPO abril 1/2002, énfasis mío)<sup>20</sup>.

El fondo de un previo enfrentamiento cosmético antecede al intercambio de argumentos en torno a F. Santos. Dentro de dicho arranque inicial –el de un debate televisado– las consideraciones imaginísticas se han impuesto ya desde asuntos tan triviales como *el impecable vestido oscuro, la corbata bien anudada y el bigote recortado (de Serpa) (...) (ajustándose) a las exigencias mediáticas*, hasta asuntos delicados como *filtrar la palabra paramilitar de tiempo en tiempo, a veces sin mucha pertinencia, pero con el obvio propósito de hacer un señalamiento innominado pero explícito*, según la interpretación de A. Benedetti (“Pierde Uribe, gana Garzón”, EL TIEMPO marzo 25/2002)<sup>21</sup>. La guerra cosmética pone en escena dos retóricas:

---

<sup>20</sup> Esta designación también haría contrapeso a la cosmética oligárquica de Santos, candidatizando a un magistrado que en la corte constitucional votó en contra de una política de vivienda (UPAC) asfixiante para la pequeña clase media. La candidatura también se presentaría como un desafío a la cosmética militarista de Uribe (quien plantea armar a la población civil): se subraya cómo este ex magistrado votó también contra las CONVIVIR.

<sup>21</sup> Las preocupaciones de este orden tienen innumerables expresiones. Un lector de *Cambio*, por ejemplo, señala: “A tal grado de descomposición hemos llegado en este país, que los sinvergüenzas como Serpa, Samper y Fina no tienen ningún empacho en salir a la plaza pública para, sin

la *epideíctica*, de *alabanza y ceremonia*, y la *katagógica*, que deprecia a los personajes con base en el adorno infamante (cf. A.: 121, 141-42)<sup>22</sup>.

Coda: *kosmoi* de carne y hueso

La ornamentación alegórica puede trazar direcciones muy distintas a la del esquema fácilmente impugnado. Este último pudimos verlo ya en los paralelismos débiles planteados por Hommes (v.gr. Gaitán /Francisco Santos): figuras históricas grandiosas e inicialmente menospreciadas convertían el adorno infamante en paradójica medalla. Según vimos, las correspondencias resultaban lógicamente incongruentes.

Lo anterior lo digo para introducir, finalmente, una perspectiva bastante refinada desde el punto de vista alegórico<sup>23</sup>. Para Antonio Caballero, la designación de Santos se ajusta al comportamiento predecible y compulsivo de un país en el cual la figura vicepresidencial ha sido por turnos *sinuosa, pomposa, biliosa, vanidosa, insípida e incolora*; se trata de una progresión análoga a la de una serie presidencial cuyo declive progresivo e inverosímil (*cuando ya creíamos haber tocado fondo vino Pastrana*) nos habla de un país frívolo pero coherente y consecuente. La designación de Santos, *identificado en la conciencia nacional con el problema terrible del secuestro*, alude a un acto puramente simbólico que reitera cómo un *vicepresidente en Colombia no tiene ningún oficio*. La contundencia de este punto de vista se refrenda tres semanas después<sup>24</sup>, cuando Caballero formula una extrapolación metafórica abiertamente caricaturesca –la analogía es con un filme-farsa de Monicelli–, esbozada a partir de una cosmética documental/testimonial. En esta ocasión Francisco Santos es apenas uno entre un séquito que apuntala el cosmos del candidato Uribe: aparece primero desde la perspectiva de su cosmética capilar (*peinado de paje medieval o de señora gorda*), y

---

sonrojarse, defender sus actuaciones. Me imagino que ya vio quienes estaban en primera fila en la manifestación de Serpa en Baranquilla y Uribe en Bogotá, y haría una comparación de personajes; esa sola imagen ya dice lo suficiente de cada una de las campañas” (G. Urueña, CAMBIO abril 1/2002). Este lector alude a una imagen cósmica (cosmética) indecorosa por oposición a una decorosa que no es ajena a quienes el lector sindicó. Así, en la campaña de Serpa surgen preocupaciones acerca de los votos que podría restarle a su candidato el que su fórmula vicepresidencial funja como abogado de un personaje asociado a bochornosos espectáculos de corrupción (cf. CAMBIO abril 8/2002). También se producen especulaciones acerca de eventuales jugadas de campañas adversarias, grupos económicos o holdings mediáticos, tras el episodio de Uribe con *Newsweek* (cf. CAMBIO marzo 25/2002).

<sup>22</sup> He aquí una voz de advertencia acerca de los presuntos peligros de esta última retórica: “(...) el más perjudicado con cualquier episodio de negative campaigning es el país. Acusar a Uribe es crearle a Colombia un pasivo (...) que repercutirá en nuestra capacidad (...) de ganarles la guerra a la violencia y el narcotráfico. Es entregarle munición a la muy aceitada diplomacia guerrillera para descalificar a nuestro gobierno en los foros y escenarios internacionales”. G. Silva. Op. Cit.

<sup>23</sup> Cf. Antonio Caballero, “¿!Pachitoooo!??”, SEMANA marzo 25/2002.

<sup>24</sup> Cf. Antonio Caballero, “L’Armata uribelezca”, SEMANA abril 15/2002.

luego (el asunto se repite<sup>25</sup>) como temperamento alocado (*pega locos mandobles para todos lados y acabará, como el Brancaleone de Monicelli, segando hasta las raíces un trigal entero sin haber conseguido hacerle el menor rasguño a ninguno de sus adversarios*). Pero la mención se articula a otras del elenco de eventuales magistrados de Uribe, cuya cosmética apunta hacia un conjunto variado de irresponsabilidad, derechismo y/o venalidad. La figura señera la constituye aquí el eventual Montesinos de Uribe, descrito como un pícaro de las altas esferas.<sup>26</sup>

El séquito de Uribe como indicador de su cosmos refleja en Caballero la imagen invertida de lo que planteara otro columnista acerca de la *delicadeza* de ciertos personajes del entorno uribista (H. Rincón, supra), confirmando el carácter simétrico de la argumentación (batalla) alegórica. Y nos presenta, en versión fina o compleja, un procedimiento presente a lo ancho y largo de la prensa semanal, ya sea en columnas o en reportajes. Puntualizaré esto con una auto-cita<sup>27</sup>. Esta se refiere a la caracterización de los candidatos presidenciales en 1998, con base en ciertos rasgos de la imagen pública de sus adherentes:

*La politiquería, la corrupción, lo “real”, nos ha despojado del lugar ganador, como del “sí futuro” de un cine colombiano. Esto lo señala explícitamente el semanario cuando grafica las adhesiones a los candidatos presidenciales para la primera vuelta electoral en 1998 (S. may 25/98). Como adherentes al representante de la política en el sentido más tradicional se señalan doce personajes, nueve de los cuales son políticos, dos periodistas y uno músico popular (éste último con biografía legendaria, telenovelizada)<sup>28</sup>. Del candidato de origen militar sólo se presentan tres adhesiones, una de ellas figurada por un kepis que representa a la asociación de oficiales retirados; las otras dos, un general retirado y un empresario-periodista. Del candidato de oposición tradicional, quien resultara ganador, se resaltan veintidós adhesiones, confundiéndose el tamaño central de su imagen con la adyacente de Gabriel García Márquez. Entre un 60 y 70 por ciento de los adherentes son políticos, con dos periodistas<sup>29</sup>, un militar retirado impugnador del gobierno de entonces y dos miembros de la farándula, ya elegidos a las corporaciones públicas, completando la lista. En lo que respecta a los adherentes a la candidata que emerge del establecimiento para plantearse como su audaz opositora,*

---

<sup>25</sup> Repetición no sólo de pareceres como los documentados en este artículo, sino de lo dicho por Caballero en su ya citada columna de marzo: “Vi que en una entrevista se definía a sí mismo en su exilio como “un león enjaulado”, y la comparación me sobresaltó. ¿Un león? Un cachorrito ladrador, de esos que corren como locos por toda la sala derribando floreros y enredándose en el cable de las lámparas. Simpático, sin duda, juguetero, lleno de vida, hasta el punto quizás de volverse un poco fatigante. Pero... como decirlo: poco serio. Hasta para Colombia.”

<sup>26</sup> Al poco tiempo *Semana* –distanciándose de los términos “exagerados e injustos” del columnista– aclara que este personaje ha escrito a la publicación para subrayar que no tiene vínculos con la campaña de Uribe Vélez.

<sup>27</sup> Cf. Sergio Ramírez Lamus. *Sobre algunas coordenadas de la prensa semanal colombiana*. Informe de investigación. Escuela de Comunicación Social, Universidad del Valle, agosto de 2000.

<sup>28</sup> Uno de los políticos –representante parlamentario por el cristianismo– es una ex actriz; lo cual elevaría a dos la cuota de la farándula.

<sup>29</sup> Uno de estos periodistas realiza notas y programas televisivos dedicados esencialmente a la farándula.

*abanderada de los enemigos de la corrupción, tenemos: en una lista de veintitrés adherentes, siete corresponden a actores-actrices, cuatro a directores de cine/teatro/televisión, dos a pintores, una a una ex reina de belleza, una a un escritor (de frecuente aparición, dados sus lazos familiares, en la prensa rosada) una a la madre -dama colombiana de la cultura (precursora del ministerio de cultura)-, una a un astro del fútbol nacional y otra a un cura animador de radio y televisión. Sólo tres adhesiones corresponden a figuras de políticos. La farándula ronda aquí por el 60, el 70 o el 90 por ciento, según varíe el criterio clasificatorio<sup>30</sup>.*

Cali (Colombia), 2002

---

<sup>30</sup> Acercándose al cien por ciento si consideramos que dos de los políticos adherentes pertenecen a movimientos nuevos de amplia figuración mediática. La presencia aquí excepcional de un ex presidente liberal, se percibirá luego, en la prensa de opinión, como jugada política dirigida a apoyar, en última instancia, al candidato más tradicional.